

OLAF STAPLEDON

A glowing blue, semi-transparent human figure is centered on a dark, cracked background. The figure's internal organs, including the heart, lungs, and ribcage, are visible. A hexagonal grid pattern is overlaid on the torso. A vertical beam of light passes through the center of the figure.

**LA ULTIMA
Y
LA PRIMERA
HUMANIDAD**

Conocida como «la Biblia de la ciencia ficción», ésta es una extraordinaria recreación de los próximos 2.000 millones de años y los dieciocho futuros estadios de la humanidad. De ese modo, leeremos cómo la Primera Humanidad arrasa la Tierra por una reacción nuclear incontrolada, la Segunda Humanidad es invadida por unos marcianos en forma de nube y la Tercera construye a la Cuarta Humanidad, que son enormes cerebros inmóviles..., y así sucesivamente, hasta llegar a la Decimoctava, la Última Humanidad, que habita el planeta Neptuno, desde donde se nos narra esta historia utópica de nuestro devenir.

Ésta fue la primera novela del patriarca de la ciencia ficción, gran testimonio de su tiempo. Olaf Stapledon consideraba que sus obras debían servir para contemplar a la raza humana en su medio cósmico y abrir nuestros corazones a nuevos valores. Lo logró con creces.

El filósofo y las focas

Durante las vacaciones de 1926, Olaf Stapledon acampó con su familia en la costa de Gales. Después de varios días de andar escalando riscos y buscando caracolas descubrió las focas. Quedó tan deslumbrado con ellas que al año siguiente volvió al lugar.

Una tarde de agosto de 1928 se pasó horas contemplando una colonia de focas que se entibiaban al sol en la isla de Anglesey. Chillando y retorciéndose cada vez que las olas las rociaban de espuma helada, los lobos marinos parecían un grupo de naufragos desamparados.

Allí donde cualquier turista moderno se hubiera conformado con gastar un carrete de fotos, Olaf tuvo una visión. Ese escenario de rocas arcaicas y mareas gobernadas por la Luna le hizo evocar el amanecer de la vida en un cosmos inhóspito. Esas focas apiñadas en una roca sitiada por el mar le parecieron un emblema de la aventura humana, con toda su precariedad.

Esa intuición cambió profundamente su vida, puesto que precipitó su vocación de escritor. Stapledon no tenía entonces otra experiencia literaria que algunos poemas juveniles y la árida prosa de los trabajos académicos. Pero en ese momento se atrevió a concebir su primera obra de ficción, un gran relato de dimensiones cósmicas que luego llamaría *La última y la primera humanidad*. Quizá fue también allí donde imaginó la costa patagónica, un paisaje que siempre había atraído a los galeses, como el lugar donde el *Homo sapiens* habría de brillar por última vez.

Las focas también debieron de sugerirle esa pareja de Últimos Hombres que en otro libro (*Los Últimos Hombres en Londres*) imaginó recostados en las rocas de Neptuno e intrigados por la melodía de *Old Man River*.

La mirada distante

William Olaf Stapledon (1886–1950) contaba entonces cuarenta y dos años. Sentía que alcanzaba la madurez y se veía como una suerte de Peter Pan, capaz de conservar el asombro infantil aún después de atravesar los rigores del desierto erudito. En el libro se identificó con su profeta patagónico imaginario, el Niño que se Negó a Crecer.

Por esos días estaba a punto de publicarse su primera obra, Una teoría ética moderna, que no logró seducir al mundo académico; se diría que por la audacia con que relacionaba ética, cosmología, filosofía y mística. Su tesis doctoral (con el escueto título de Sentido) trataba de lo que hoy llamamos semiótica y tampoco despertó demasiados ecos. Sin embargo, al cabo de los años terminó por tener más éxito con un ensayo filosófico (*Filosofía y Vida*, 1938) que con sus obras de ficción.

Su origen provinciano le cerró las puertas del círculo de Bloomsbury, que entonces arbitraba la cultura británica. Las élites literarias lo hicieron sentirse un «bárbaro», según sus propias palabras, y lo condenaron a ser rotulado como autor de segunda línea, cuando no un mero epígono de Wells. Stapledon se cobró su venganza en *La última y la primera humanidad*, donde hizo desaparecer en un bombardeo el barrio de Bloomsbury con todos los intelectuales consagrados de su tiempo.

Stapledon había nacido cerca de Liverpool, una ciudad más famosa por lo sórdido de la revolución industrial que por su brillo cultural, pero se había criado en Egipto, donde su padre trabajaba para una empresa naviera de Port Said.

La madre, que solía tomar el té con la esposa de Le-sseps, el constructor del canal de Suez, leía ávidamente a Carlyle y Ruskin. Fue así como descubrió el exótico nombre Olaf, en un libro de Carlyle sobre los reyes de Noruega. Más tarde mandó a su hijo a una escuela modelo inspirada en el ideario de Ruskin, donde le inculcaron el gusto por las ciencias naturales, la vida al aire libre y los deportes de equipo.

Cuando la Gran Guerra sacó abruptamente a su generación del té de la tarde y los torneos de remo, Olaf ya era un convencido pacifista, y optó por unirse a un grupo de voluntarios que servían con una ambulancia en el frente de combate. No sería extraño que alguna vez se hubiese cruzado con C. S. Lewis o J. R. R. Tolkien, que en esos años pasaron por el infierno del Somme.

A ello siguieron Oxford, una corta carrera como profesor, el doctorado en Liverpool y los cursos y conferencias en las bibliotecas populares. En esos años también se interesó por la ciencia, devoró las obras de astrónomos y físicos como Eddington y Jeans, montó un telescopio en su casa y aprovechó cada salida al campo para hacerse naturalista.

Una historia «universal»

Escribir su primera novela no le llevó demasiado tiempo. Pero el resultado fue tan inclasificable como monumental, no tanto por su extensión como por su ambicioso diseño y su peculiar narración, tan alejada de lo que habitualmente se entiende por «novela». Pronto dejó atrás una primera versión (donde, siguiendo a Wells, incluía una guerra atómica) y comenzó a desplegar sus inmensas cronologías en largas tiras de papel escritas con varios colores que pegaba por toda la casa.

A diferencia de Wells, quien en *La máquina del tiempo* iba saltando de un futuro a otro casi sin transición, Staple-

don trazó el diseño de una historia futura vasta y detallada. Narró la evolución de dieciocho especies humanas distintas: una historia que abarcaba nada menos que dos mil millones de años, tendida entre el presente y el fin del sistema solar.

Si bien cuando apareció *La última y la primera humanidad* hubo cierta perplejidad entre la crítica, afortunadamente todavía no se había extendido la costumbre de discriminar la ciencia ficción como literatura «de género». Los primeros elogios vinieron del biólogo marxista J. B. S. Haldane y de su hermana la novelista Naomi Mitchinson, que no habían dejado de realizar aportaciones a la literatura de anticipación. También hubo un espaldarazo del gran Eddington, que rescataba «tanto la sabiduría de su sentido como la sutileza de su sinsentido». Obtuvo aplausos del biólogo Julian Huxley y del filósofo Cyril Joad. Hasta una cortés esquela de circunstancias, firmada por H. G. Wells.

Mucho antes de que la ciencia ficción popular norteamericana lo descubriera y comenzara a explotar sus ideas, fueron varios los escritores jóvenes que se sintieron marcados por la lectura de este libro. J. B. Priestley lo leyó de un tirón, en un viaje nocturno en el tren a Edimburgo. Arthur C. Clarke lo descubrió por casualidad, pero después de leerlo decidió hacerse escritor. Brian Aldiss lo leyó siendo soldado en la India, cuando estaba esperando turno para vacunarse; por primera y única vez robó un libro, para poder terminar de leerlo.

Más adelante, Virginia Woolf elogiaría *Hacedor de estrellas* y Doris Lessing confesaría deberle mucho a su influencia. En cuanto a C. S. Lewis, concibió su trilogía de Ransom en explícita polémica con Stapledon y Wells.

Dos años después, Stapledon retomó el hilo conductor de su primera «novela». Volvió a mirar el presente desde las postrimerías de la historia, reflexionado sobre el fin de la Modernidad en una suerte de extenso epílogo que tituló *Los Últimos Hombres en Londres* (1932). La novela recogía

muchas de las disquisiciones que había tenido que sacrificar en la obra anterior, y también servía de excusa para componer una suerte de autobiografía.

Dicho sea de paso, hay razones para creer que la lectura de este libro produjo extraños efectos en la mente de Paul Linebarger, un brillante joven estadounidense que mucho más tarde se haría llamar Cordwainer Smith. Admirador de Stapledon, Smith se atrevería, con el tiempo, a delinear su propia historia futura, que llegó a conocerse como la saga de los Señores de la Instrumentalidad.

El zoom cronológico

En *La última y la primera humanidad*, Stapledon quiso llevar al extremo la perspectiva olímpica, hasta tal punto que, más que la narración de un observador desapasionado, la obra parece escrita por un dios. Sus personajes no son individuos, generaciones o pueblos: son especies enteras en lucha con la naturaleza. A la hora de escribir *Hacedor de estrellas*, fue más lejos y llegó a poner en movimiento no sólo especies sino mundos, soles y galaxias. Por más inimaginable que resultara una cifra tan enorme como dos mil millones de años, Stapledon se las ingenió para trivializarla cuando logró despachar en un solo párrafo toda la trayectoria de la vida inteligente en la Tierra.

Pero la suya no era una mirada indiferente, sino una visión marcada por la ética y la estética. Al margen de una frase cruel de Bertrand Russell: «Sólo partiendo de una inflexible desesperación el alma del hombre puede hacerse un lugar en el mundo», Stapledon había anotado: «¿Por qué la desesperación? ¡El ideal es la belleza, no la inmortalidad!».

Aunque resulta fácil comprobar que sus remotas especulaciones hacían alusión a las preocupaciones del presen-

te, el ideal de Stapledon parecía ser más el distanciamiento del filósofo que la comprensión del narrador.

En 1914, cuando la Gran Guerra estaba segando las vidas de toda una generación europea, Stapledon podía escribir sobre la prodigalidad con que la naturaleza acostumbra a derrochar vidas. El día en que la primera V-2 caía sobre Londres, Stapledon anotó dos únicas palabras en su diario («¡Bombas voladoras!») e inmediatamente pasó a reseñar un seminario en conmemoración de Milton, presidido por E. M. Forster, algo que sin duda le parecía más importante.

Ningún otro autor supo sobrevolar millones de años con frases tan lacónicas como «la tercera Edad Oscura fue tan larga como toda la historia anterior de los mamíferos» o «la permanencia del Hombre en Venus duró casi tanto como su entera carrera terrestre».

Filósofos como Raymond Ruyer y Bertrand Russell (quien dijo admirar «la austera belleza de su estilo») quedaron fascinados por la parquedad de estas fórmulas, capaces de diluir todas las pasiones que mueven la historia en los inmutables ciclos de la naturaleza.

Los hombres de letras no fueron tan indulgentes y no dejaron de observar que en toda la obra no había un solo diálogo. Borges fue bastante severo cuando escribió con ironía que Stapledon «narra sus maravillas en el estilo impersonal de un historiador», añadiendo que en este caso quizá la palabra «historiador» resultara «demasiado cálida».

Y es que a medida que se alejaba del presente y del futuro cercano, la perspectiva de Stapledon se desplegaba en una suerte de zoom infinito. Puso como referencia cinco escalas temporales que toman el año 2000 como punto central, parecidas a aquellas que cincuenta años después serían el recurso habitual de divulgadores como Carl Sagan. De este modo, la primera parte del libro cubría los próximos cinco mil años; la segunda ya abarcaba más de

cien mil, y a medida que la historia iba acercándose al final, los milenios empezaban a escurrirse como instantes.

El zoom comienza a acelerarse en cuanto acaba la carrera del *Homo sapiens*. A esa distancia, ya no se distinguen estados, bloques o imperios; ni siquiera civilizaciones. Sólo se aprecian las especies posthumanas, que se suceden al ritmo de las catástrofes ecológicas, las mutaciones y de la tecnología, a partir del momento en que la humanidad decide transformarse a sí misma.

El desfile de las especies que nos habrán de suceder es inagotable. Muchas son de aspecto titánico, como los Segundos, los Quintos o los Octavos. Los Cuartos serán enormes cerebros con cuerpos vestigiales, que recuerdan a los marcianos de Wells. También habrá una peculiar invasión marciana, cuyas huellas acabarán enriqueciendo el linaje humano.

Obligados a abandonar la Tierra, los humanos adoptan formas aún más extrañas en Venus: habrá hombres-foca y pigmeos alados, con dos pares de ojos y con nuevos sentidos.

Cuando el Sol se convierte en nova, los Octavos tienen que volver a emigrar, esta vez a Neptuno, que será el escenario de la etapa final de la humanidad. Allí se suceden otras diez especies, ahora apenas mencionadas. Los Últimos Hombres serán sabios de aspecto paquidérmico que, ante el colapso final del sistema solar, asumen una resignada filosofía estoica. Su último empeño será sembrar la simiente humana en el cosmos y rescatar todas las experiencias de la historia. En la ficción, es uno de ellos quien le dicta el texto a Stapledon.

Sin embargo, cada vez que el zoom se detiene por un instante a contemplar alguna cultura, Stapledon revela una riquísima imaginación antropológica. Es difícil olvidar sus religiones imaginarias, como los rituales aeronáuticos del Estado Mundial, la adoración de la Juventud entre los Patagónicos, la cruzada de los marcianos al rescate de los dia-

mantes, el culto de la evanescencia de los Quintos y el ritual de los Hombres Alados.

Lo que vendrá

Si retrocedemos al comienzo de todo, nos encontramos con que en el corto plazo, el «futuro» de Stapledon ya se ha solapado con nuestro pasado. El autor advertía que su libro haría sonreír a los lectores venideros, y él mismo tuvo tiempo de revisar y enmendar sus predicciones de entonces.

Quince años antes de Hiroshima, cuando ya eran muchos los que pensaban en la bomba atómica, Stapledon difería para el futuro más remoto el control de la energía nuclear y los viajes espaciales. En cambio, abusaba de las guerras bacteriológicas, las pestes y las epidemias, privilegiando siempre la biología.

Trató prácticamente la totalidad de los temas clásicos de la ciencia ficción, menos el robot, y la única inteligencia artificial que supo concebir fue un monstruoso cerebro. No obstante, el Arte Vital de los Terceros anticipaba la ingeniería genética, incluyendo explícitamente la manipulación de los núcleos celulares. Todo esto, dos años antes de que Aldous Huxley desarrollara el tema en *Un mundo feliz* y cuando faltaba medio siglo para que la ciencia descifrara el código genético.

Influido quizá por su fe en el movimiento pacifista, Stapledon no atinó a pensar en una nueva guerra mundial, y sólo fue capaz de imaginar nuevos conflictos entre estados nacionales. Se dijo que su mayor ceguera fue no haber previsto el nazismo, considerando que escribía a tres años vista del ascenso de Hitler. Pero alguna vez el muy respetado futurólogo Herman Kahn confesó que la extrapolación científica tampoco hubiera podido hacerlo.

Si prescindimos del *tempo* «geológico» que Stapledon le imprime a su cronología, dilatando por siglos o milenios esos procesos que en la historia real tardaron apenas décadas, sus anticipaciones no dejan de inquietar, y a la distancia quizá no queden tan malparadas.

Es cierto que en su futuro alternativo no surge un Hitler, pero sí estalla una guerra ruso-germana alentada por el racismo. Cuando Mussolini estaba en su apogeo, Stapledon imaginó que acabaría linchado por la turba romana, tal como efectivamente ocurrió.

En tiempos de Stalin, Stapledon ya era capaz de anticipar la decadencia y caída del comunismo ruso, y fue clarividente al atribuírsela a los factores económicos, en lugar de esa apocalíptica guerra nuclear que todos temimos luego. Si pasamos por alto los plazos y el orden de sus secuencias, no puede dejar de sorprendernos que imaginara una Unión Europea, e incluso que la pensara hegemónizada por Alemania.

Para el futuro mediato, Stapledon se figuraba que el poder habría de polarizarse entre un bloque oriental dominado por China y uno occidental, sometido a Norteamérica. Sin duda, es un pronóstico que podrían suscribir muchos analistas de hoy.

Cuando Mao Zedong era apenas un caudillo campesino, Stapledon creyó que China aprendería la lección de Lenin, pero no pensó que se haría comunista. Sin embargo su China también construye un estado totalitario, con «un Partido vigoroso, devoto y despótico» que une la planificación comunista a los valores del americanismo. Sorprendentemente, el resultado final termina semejándose al mundo real. Incluso se diría que algunos pasajes donde describe la abyecta condición de los trabajadores orientales parecen sacadas de los periódicos de hoy.

En cuanto a Norteamérica, Stapledon imagina que la creencia en el «destino manifiesto» hará que Estados Unidos llegue a sentirse «los guardianes del planeta entero».

Prevé que su cultura habrá de dominar el mundo «por medio de la prensa, el cine y la televisión». Los americanos, escribe irónicamente, «veían el mundo como un lugar destinado a la inocente búsqueda del placer, y a sí mismos como los principales proveedores del deleite».

El conflicto China–América desemboca en una guerra que acaba cuando las grandes corporaciones económicas asumen el poder político, instituyendo un Estado Mundial. La religión del «mundo americanizado» será una mezcla de conductismo y fundamentalismo, y su suicida culto a la velocidad terminará por provocar un colapso energético que aniquila a la civilización. Una fantasía propia del futurismo italiano, se dirá, aunque no tan descabellada.

Al cabo de una larga Edad Oscura, todavía habrá un canto de cisne de la especie sapiens, que esta vez provenirá del extremo austral de América. Surgirá una civilización patagónica, de raíces indoamericanas, que por un tiempo volverá a poner en marcha la historia.

Pacíficos y conciliadores, con una cultura poco agresiva y una tecnología apenas «medieval», los patagónicos repueblan la Tierra y predicán el culto a la juventud. Pero ni siquiera ésta utopía (donde Stapledon aplicó los ideales de su educación ruskiniana) logra evitar el colapso. Los patagónicos sucumben en una desmesurada catástrofe apenas llegan a liberar la energía nuclear.

Olaf, contemporáneo

En 1949, Stapledon viajó a Estados Unidos, invitado a participar en un encuentro por la paz que convocaba a intelectuales de izquierda. Arreciaba la guerra fría, y el congreso realizó sus reuniones rodeado de tumultuosas protestas, y observado de cerca por los macartistas.

Para entonces, Stapledon no sólo había publicado esos escritos políticos progresistas que tanto inquietaban al FBI.

Consagrado por su *Hacedor de estrellas*, había vuelto a explorar varias veces la historia futura en obras como *La Oscuridad y la Luz* (1942) y *Las Llamas* (1947), rediseñando sus pronósticos en función de esa guerra mundial que no había atinado a prever.

En Nueva York, Stapledon fue interrogado por los agentes del FBI, convencidos de que tras ese modesto socialista fabiano se ocultaba un temible agente moscovita. En uno de los copiosos formularios que tuvo que rellenar, no encontró nada mejor que definirse como «el autor de obras de ficción fantástica que pretenden simbolizar los problemas del hombre contemporáneo, y de varias obras que bordean la filosofía». Una síntesis impecable.

Alguna vez se había dibujado a sí mismo con la figura de un sujeto esmirriado que se escurre sigilosamente entre dos jaulas, la de los «místicos» y la de los «revolucionarios». Como remate había escrito una divisa: «soy como el grajo, libre pero incierto».

Si reparamos en que *La última y la primera humanidad* vio la luz el mismo año en que Freud daba rienda suelta al pesimismo con *El malestar en la cultura* nos será más fácil entender el clima cultural de ambas obras y la simetría de sus respuestas.

Se ha dicho que los utopistas y los escritores de ciencia ficción que cargan con esa tradición no hacen otra cosa que ocuparse del presente. A lo sumo, ejerciendo el distanciamiento, logran poner de manifiesto las tendencias más profundas del mundo que les toca vivir. Esto nunca resultó más claro que en el caso de Stapledon, quien quiso asumir la mirada imparcial de un dios, pero nunca dejó de sufrir las angustias de un presente sombrío. Un presente cuyas remotas consecuencias todavía estamos viviendo.

Stapledon vivió en la estela de la revolución darwiniana, viendo cómo se transformaba la visión del mundo al compás de la relatividad, las paradojas cuánticas y la expansión del universo. Nuestra visión del cosmos se ha ampliado

desde entonces, y quizá ya estemos tan lejos de Stapledon como él lo estaba de Dante. Pero lo que no ha envejecido es su intento de rescatar para el enfoque científico del mundo tanto las preguntas de la filosofía como la majestad del mito.

Se proclamaba agnóstico, pero no era un indiferente. En los momentos culminantes de sus grandes ficciones, su mente filosófica buscaba el fundamento último de las cosas, mientras que su veta mística anhelaba una divinidad que le diera sentido.

Siempre tuvo que aclarar que sus obras eran ficciones, aunque no debían ser consideradas novelas en un sentido estrictamente literario. Sus cosmogonías eran un género en sí mismas, que fue imitado muchas veces por más inimitable que fuera. Mezcla de evitables fracasos e inquietantes aciertos, su versión alternativa de la historia conserva todo su atractivo. Quien la relee, a veces con intervalos de décadas, siempre acaba por descubrir que el paso del tiempo la ha enriquecido.

Pues a pesar de toda nuestra omnipotencia tecnológica, ante la mirada cósmica aún seguimos siendo focas refugiadas en un peñón.

Pablo Capanna Enero de 2003

NOTA PRELIMINAR A LA EDICIÓN ORIGINAL NORTEAMERICANA

Parece que la humanidad está entrando en una de las crisis más graves de su existencia. Todo su futuro, y hasta la posibilidad de tener un futuro, depende del giro que puedan tomar los acontecimientos en los próximos cincuenta años. Es un lugar común decir que la humanidad está acumulando nuevos y peligrosos instrumentos para dominar su entorno y su propia naturaleza, pero no es tan evidente que avanza a tientas en pos de una nueva concepción de su papel en el orden de las cosas, así como hacia un nuevo objetivo de la raza. Lamentablemente, tal vez le lleve demasiado tiempo descubrir qué es lo que realmente desea hacer de sí misma. Antes de que alcance a tener una clara percepción de la realidad, puede llegar a perderse en un vasto desierto de aridez espiritual o incluso precipitarse ciegamente a la autodestrucción física. Nada puede salvar al hombre excepto una nueva visión, así como un consiguiente nuevo orden de cordura o de sentido común.

Estados Unidos puede desempeñar un papel importante en la creación de la nueva visión. Pero para que las visiones no tengan una utilidad transitoria han de comprender la totalidad de la experiencia. No pueden ser toscas, extravagantes, desproporcionadas. Deben concebirse no sólo con originalidad sino con sensatez, aun cuando la sensatez tenga que cambiar también su orientación como consecuencia de la nueva visión.